

Noche eterna de blues y muerte

Jesús Vicente García

HAY POETAS QUE TIENEN la singularidad de presentarnos a la muerte no tan flaca, casi inofensiva y promotora de la reflexión; o nos dicen Dios no ha muerto y es hora de hablar con él (incluso por larga distancia), de poner las cartas sobre la mesa y, con la seriedad del caso, puntualizarle que los enemigos no existen, es puro invento suyo, la muerte da vida y la noche tiene gatos que lamen la barriga de la luna; y a partir de este encuentro poeta-Parca-Dios, se crea el espacio poético nocturno, en lo alto, por un lado, en el cual se halla la mujer, la luna, las estrellas, la “mancha aérea”, las mariposas, las palomas, los pájaros, el lugar onírico, los elementos femeninos del cosmos; y, por el otro, lo de abajo: la ciudad, los gatos, los perros callados en espera de una luna que los ame, la carretera y un poeta que bebe alcohol y escribe versos, todo ello durante una larga noche de gargantas mojadas dispuestas para el pecado.

Cada poema es una posibilidad, una puerta abierta para sentir, para dislocar la lógica y así llegar a donde no se logra con el raciocinio, lección que nos ha dejado el romanticismo y el simbolismo con sus formas y sus significaciones, pero también es un legado de la poesía moderna para sumergirnos en las palabras sin temor a ahogarnos. Con esta perspectiva, José Cruz Camargo Zurita (ciudad de México, 1955), en *De los textos del alcohol*, incita al lector a vivir su noche eterna y blusera.





José Cruz Camargo Zurita
De los textos del alcohol
 Prólogo de José Agustín
 México, Fridaura, 2009, 75 pp.

Cruz Camargo se pasea de la mano con la muerte, la tutea y la enfrenta como Don Quijote lo hizo en la aventura de los leones y hasta con el mismo resultado: la victoria. Para entrarle al poemario de Camargo Zurita, me he permitido verlo como una estructura de elementos femeninos y en un escenario: la noche, en lo alto y en lo bajo. El contenido va implícito.

La estructura y el escenario

De los textos del alcohol contiene un erotismo tanático por donde se le vea, una fijación por las mujeres jóvenes; emana ternura cuando una mujer-luna se embaraza o cuando va a dar a luz. El recorrido es femenino: noche, oscuridad, muerte, vida, con una aparente orfandad, en la que hay un encuentro del poeta con el mundo desastroso y al mismo tiempo con la esperanza de ver “las mariposas en *la tierra del cielo*”, oxímoron al servicio de la unión de dos espacios en que se moverá el poeta: arriba y abajo del mundo; mientras, mira de frente aquello que lo mueve: el alcohol. Y todo ello generará los poemas.

El viaje comienza con el poema liminar “Arrepentimiento”, más narrativo que lírico, versos de arte mayor: la historia de una niña que no se subió al barco y regresó a su patria; ama a su hombre y se embaraza. La niña, frente a un hermoso oleaje, mira a su crío jugar. Parece un suceso feliz. La pregunta es por qué hay un arrepentimiento. Si hubiese viajado en el barco habría abandonado su patria y otra sería su historia. ¿Cuál? Es la primera duda del poemario y ello implica seguir leyendo, seguir la huella de la niña. Así, al mencionar a la mujer, el “yo” lírico habla en tercera persona, y cuando la noche y la soledad deambulan, utiliza la primera. El libro puede verse como un viaje etéreo-realista del poeta. Después de la niña desprovista del deseo de viajar, el poeta-viajero nos da una vista panorámica: “Ver la ciudad desde arriba es andar como Dios/ o de plano muerto”. Crea el escenario: la ciudad, la noche, el mar. El personaje es como un náufrago. Es un ser que vive las angustias de la ciudad, que se contradice constantemente, que maldice, pero también se enamora y resucita: el amor lo mueve a vivir y a pecar. Entonces, aparecen poemas con cierta esperanza, en que el amor no le permite decir más palabras, porque no las tiene, aunque sienta la necesidad de expresarlo. Recurre a los sueños, lugar en donde puede moverse mejor. Ve a una mujer evaporada, a una mujer transparente, amada; elementos femeninos que dan vida, pero al despertar encuentra la desmemoria, como si la realidad y la sobriedad le hicieran daño. Vuelve al sueño, al erotismo, a la noche:

besemos su axila estelada
 su luna de medias caídas
 Yo, armado de besos,
 apago una a una las tercas estrellas
 pero quiero besar primero tu noche
 tus páginas

La noche es una mujer, su sexo. El espacio abierto tiene los elementos celestes, lo alto, lo vaporoso, lo oscuro, lo intangible, lo abstracto, el amor, Dios. En tanto los

espacios cerrados son parecidos, excepto que en lo terrenal se hallan la podredumbre, los borrachos, el luto alegre, la muerte de verdad, un ángel asesinado, el miedo, las caricias, el alcohol, las catedrales, las banquetas. La función de ambos espacios permite reconocer en el poeta la dualidad de ser un ángel y un demonio, que la maldad y la bondad son uno mismo, que se funden y confunden en el ambiente descrito, como si no hubiese límites; es por eso importante observar que al crear dos espacios es para sostenerse mutuamente. El de arriba es la noche simbolizada por lo etéreo, los sueños; el de abajo es lo duro, es el espejo de la noche y también es el día, el estrés; y al conjugar ambos, dibuja imágenes como ésta:

El lago se llena de nubes cansadas y aviones.
 [...]

Ver la ciudad

y en su regazo olvidar los ojos;

perder la voz.

En el delirio de alcohol, el poeta siente el dolor en el hígado, pero resiste los embates “como un guerrero herido”. El dolor lo arraiga al recuerdo y, por tanto, a la vida. Entonces, recurre a la imagen del pecado que se da sólo entre quienes han perdido la infancia:

en el archivo mental de los hombres de la calle hay un niño,
 un espanto, un triciclo y un primer sueldo de miseria
 una argolla que cierra la cadena
 y lleva un orden práctico
 un joven
 una joven
 el amor
 el pecado
 los últimos días de la libertad de un niño
 lo demás es un infierno



Fotografías: Alejandro Arteaga

El ritmo


El vaivén del libro permite al lector viajar dentro de sí mismo, en esa ciudad construida con versos de arte mayor intercalados con versos menores. Esto dispara la rapidez. En ocasiones, parece caótico, como el alcohol en exceso; sin embargo, no llega a la descomposición de las palabras, más bien las une, por lo cual el ritmo no sólo está en el poema, sino en el lector.

También hay ciertos poemas que son cuentos cortos, minificciones que bien podrían estar escritos a renglón seguido, porque ya contienen lo poético. Esa ciudad poetizada podría ser cualquiera en la que la modernidad arrincona al hombre en un cuarto de alquiler para hablar solo, para recordar que hubo momentos mejores, pero también para tutearse con Dios y con la muerte, construir los tejidos del futuro para vivir. No es un poemario con un tono de derrota, sino con cantos de dolor y con la fuerza de seguir adelante, por eso supongo que el poema liminar, “Arrepentimiento”, es para que el lector se arriesgue a subir al barco de la aventura y jamás se arrepienta de lo que ha hecho y mucho menos de lo que no ha vivido. Sólo cabe advertir que aunque el poemario puede leerse con cierta rapidez, la huella es permanente. Eso bien merece un trago rebajado con blues, para encontrarse con la mujer-luna y sentir el ritmo.



El poeta y el blues

José Cruz, además de poeta, es músico, como Felisberto Hernández y Agustín Lara. Fundó en 1985 una de las bandas de blues mexicano más representativas del ámbito musical, Real de Catorce.¹ La originalidad de las letras y de su música (sobre todo la armónica, de la cual él es ejecutante y maestro) lo sitúa entre el público de todo ámbito socioeconómico y cultural como un ícono de este género. Es relevante señalarlo, porque el ritmo interno de cada poema y el del poemario conforman una sola armonía y una noche eterna. Para Cruz Camargo, forma y contenido son indisolubles: blues-noche, blues-ciudad, blues-mujer, blues-botella, blues-luna. Como prueba de los elementos tangibles e intangibles, veamos cómo es que el poeta no sólo habla con Dios de tú a tú, sin presunciones ateas, sino que al confirmar su existencia, confirma la suya misma; también convive con la muerte, su invitada nocturna, que no es precisamente una cosa flaca, también bebe y es literata; y se ha de llevar bien con ella, tanto, que la muerte (*su* muerte) acepta una propuesta: trabajar juntos; el poemario es resultado de ello. Aquí, “La última palabra”:

Muerte mía
 Siéntate a platicar conmigo
 Saluda a estos fantasmas que me rodean
 Sin temor alguno [...]
 Muerte, ven, arrímate a mi fuego
 Escribamos un poema
 tú concluyes y fechas
 y yo, título y recuerdo 

¹ Banda desaparecida después del 2006, año en que José Cruz sufrió un paro respiratorio en pleno concierto, el 2 de noviembre. Fecha simbólica. De 1987 a 2002 grabaron 10 discos y en 2009 salió a la venta un DVD.